La parada del péndulo

Derecha e izquierda en la península ibérica, siglos XVIII-XX

Antonio Elorza

1. ARCAÍSMO Y MODERNIDAD

Al producirse la restauración del absolutismo monárquico de Fernando VII en 1823, el antiguo afrancesado Alberto Lista expresa su temor ante la nueva situación política, a pesar de su oposición precedente al liberalismo radical en el trienio 1820-1823: "La oscilación ha sido terrible desde aquella época [...] y creo que el péndulo ha corrido toda la amplitud de que es capaz".

La metáfora del péndulo resulta muy adecuada para expresar la dramática transición del antiguo régimen a la sociedad liberal en España. Iniciada en 1808 como resultado de la incidencia de una variable externa, la invasión napoleónica, la revolución liberal se ajusta en España al tipo de desarrollo descrito por Pierre Vilar: tiene lugar al mismo tiempo que desaparecen las precondiciones que la hicieron posible, con las destrucciones provocadas por la guerra de independencia y la pérdida del imperio continental americano. Desde 1789 resultaba visible la quiebra del proceso de crecimiento registrado a lo largo del siglo XVIII, y con ello el fracaso del proyecto de reformas desde el absolutismo y el orden estatal conocido como "despotismo ilustrado". Además, tras la independencia de los Estados Unidos y las derrotas militares en la guerra de la Convención y luego en la confrontación naval con Inglaterra (Trafalgar, 1805), los días del imperio americano estaban contados.

En esa coyuntura desfavorable cobraron aún mayor intensidad las tensiones entre los poderes de la sociedad tradicional, con la Iglesia y la Inquisición en primer plano, y las minorías partidarias de la reforma político-cultural y de

la europeización de España. La dureza del enfrentamiento ya cercano, por el arraigo y el poder de los defensores del altar y del trono, se refleja en *Los Ca - prichos* de Goya, de 1799, y especialmente en *El sueño de la razón produce mons - truos*, cuyo significado nada tiene que ver con el psicoanálisis: si la razón duerme, explica Goya, las fuerzas de la oscuridad se hacen dueñas de la escena. Incluso cuando entre 1808 y 1814 la razón impone su ley, con la afirmación del liberalismo político que supone la Constitución de 1812 y el proyecto de desmantelar las estructuras del privilegio y del poder eclesiástico, la reacción estará en condiciones de recuperar el poder gracias al golpe de estado de Fernando VII. Queda entonces definida la dualidad de derechas e izquierdas que preside la transición del antiguo régimen a la nueva sociedad, marcada por el enfrentamiento de liberales y absolutistas ("serviles"). La oscilación liberal del péndulo vuelve en 1820 y tras la muerte del rey en 1833, pero sólo logra consolidarse en 1840 mediante la victoria en una guerra civil contra el absolutismo del pretendiente don Carlos. Y aun entonces la solución no es definitiva, pues el carlismo regresa al monte (*Joan Mendira*), retoma las armas entre 1872 y 1876, y sus herederos llegarán a participar, y muy activamente, en la guerra civil de 1936-1939.

Igualmente en Portugal la crisis del sistema monárquico colonial tiene por desencadenante la invasión napoleónica de 1807, siendo también aquí la expresión de contradicciones irresolubles en las estructuras del antiguo régimen. Ello provoca un evidente paralelismo entre las trayectorias política y económica de Portugal y de España en la primera mitad del siglo XIX: países atrasados en el contexto de Europa Occidental que experimentan graves dificultades para llevar a cabo la modernización política tras la experiencia traumática de la pérdida de sus imperios en el continente americano. Ahora bien, las semejanzas formales no deben ocultar las diferencias en cuanto a las respectivas situaciones de partida. Los dos imperios americanos eran rentables para unas metrópolis que hasta la década de 1780 explotaban a sus colonias en régimen de monopolio comercial y dominación político-administrativa, pero del mismo modo que la pequeña Portugal era ya en germen un Estado-nación cohesionado por contraste con el pluralismo de reinos que subyacía a la monarquía de agregación hispánica, ese rasgo definía asimismo su proyección colonial en

Brasil, al quedar sólo residuos de la segunda proyección lusa por Asia y el océano Índico.

Hasta la independencia de Brasil en 1822 seguía vigente el tipo de articulación que resume de modo inmejorable, en forma de emblema, la famosa *Janela*, o ventana manuelina del convento de Cristo en Tomar: una raíz de alcornoque en la parte inferior expresa la contradicción que asume el interior agrario de Portugal como plataforma para la expansión marítima, simbolizada por el busto de un capitán de navío y por el sentido ascendente de los mástiles y otros elementos de navegación; los símbolos de poder de don Manuel el Afortunado, su blasón y la esfera armilar, con la cruz de Cristo, coronan la representación. El campo portugués se subordina así al verdadero protagonista de la vida del país, los puertos de la fachada atlántica cuya proyección sobre el imperio sirve de soporte al Estado monárquico. Y en términos estrictamente materiales, la dependencia económica de Brasil hizo posible el auge económico de su pequeña metrópoli, de que dan fe aún hoy el urbanismo y los monumentos edificados en Lisboa tras el terremoto de 1755.

Semejante asimetría no era a largo plazo soportable y el azar de la invasión francesa de 1807 puso en marcha el insólito proceso de descolonización, iniciado con las reformas económicas de 1808 y protagonizado por la Corte que se traslada en bloque –unas diez mil personas en torno del regente, futuro Juan VI–, de Lisboa a Río de Janeiro. Con el fin de las remesas procedentes de Brasil, las invasiones francesas colocan a Portugal en una posición, similar a la española, de empobrecimiento, que dificulta el tránsito al liberalismo, con el agravante de la dependencia casi colonial de Inglaterra. Las reducidas elites de las ciudades del litoral tuvieron en consecuencia notables dificultades para vencer la resistencia absolutista, encabezada por don Miguel, hermano del hijo de Juan VI, que había preferido quedar como emperador de Brasil. La derrota absolutista sólo llegó en 1834, tras una guerra civil de seis años de duración.

Pero, como en el caso español, la debilidad de la burguesía urbana y la fuerza de la aristocracia terrateniente propiciaban la adopción de las fórmulas liberales mediante un compromiso con el orden jerárquico del antiguo régimen. El impulso liberal portugués de 1820 sigue al español del mismo año y desemboca en la versión lusa de la Constitución de Cádiz, la de 1822, donde los *vinis-*

tas reproducen el papel de los *doceañistas* hispanos, y el fenómeno se repite en 1836, mientras el correlato portugués del moderantismo español es representado por el "cartismo", la tendencia aristocrática a mantener un liberalismo restringido bajo el control del rey: su expresión fue la Carta constitucional de 1828, adoptada por iniciativa de Pedro I, y de nuevo puesta en vigor tras un pronunciamiento militar en 1834. Y en esta etapa de historia paralela entre los dos países ibéricos no faltó el intento de compromiso que representan las Constituciones española de 1837 y portuguesa de 1838, redactadas ambas a la sombra de las medidas desamortizadoras por efecto de las cuales, desde 1834 en Portugal y desde 1837 en España, tocaba a la Iglesia pagar la factura de una revolución liberal conservadora. La era del dualismo liberales *vs*. absolutistas había terminado.

2. LIBERALISMO DESDE EL ATRASO

Países pobres de la periferia, Portugal y España experimentan estrangulamientos en cadena a la hora de consolidar las instituciones liberales en una Europa centroccidental que emprende la vía del desarrollo capitalista. El atraso portugués es incluso mayor, con un *hinterland* agrario que sobrevive en la miseria, con una agricultura de subsistencias y práctica ausencia de vías de comunicación. Sin embargo, ese peso muerto del campo, con la excepción de la agricultura de exportación vinícola del norte, favorece la posibilidad de una visión reformadora de conjunto que cobra forma a partir de 1850 en torno del movimiento de la *Regeneracão*, con un renovado protagonismo de la fachada atlántica y Lisboa por epicentro, manteniendo de paso los privilegios de los notables del interior. La estabilidad de signo conservador se apoya en los partidos liberales y en la corrupción electoral –"la vil comedia" de que habla Herculano– cuyos protagonistas son los "caciques" locales. Igual que en la España del mismo periodo, "o Coverno, o Ministério, ganha sempre as eleçiões", tal y como denuncia un epigrama popular.

El falseamiento del sistema parlamentario no impidió a los regeneradores desarrollar una importante política de obras públicas que configuran una red de comunicaciones y un cierto desarrollo del comercio y de la industria, amén del

incremento de la superficie cultivada, favorecido por la comercialización. Esa onda ascendente se vio desde muy pronto acompañada, en sentido contrario a las tendencias regresivas que prevalecen en España, de un relanzamiento de la expansión colonial. A partir de la revolución progresista de septiembre de 1838, la burguesía liberal busca en África la sustitución del imperio perdido en Brasil y, en contra de lo que sucede en España, no duda en adoptar para ello medidas progresistas, tales como la prohibición del comercio de esclavos en 1838 y la de la propia esclavitud en 1869. La pujanza del colonialismo portugués es tal que en 1890 bordea la guerra con Inglaterra en sus propósitos de unir Angola y Mozambique: la aceptación del ultimátum inglés provocará un fuerte desprestigio del régimen y el ascenso del nacionalismo republicano. Los beneficios del nuevo imperio contribuyen al crecimiento urbano y al auge de las actividades económicas en el fin de siglo, de nuevo con la capital por protagonista, con la propensión consiguiente a ver en la monarquía un residuo del pasado.

En el fin de siglo, el juego de izquierdas y derechas ha tomado la forma de una confrontación entre el movimiento republicano y el régimen monárquico. El péndulo vuelve a oscilar violentamente: en 1907 el rey don Carlos impone la dictadura de João Franco; un año más tarde es asesinado con el príncipe heredero; en 1910 su sucesor, Manuel II, fue depuesto por un movimiento insurreccional en el cual la determinación de los civiles republicanos compensó las desecciones de los militares comprometidos: sin perfiles demasiado precisos, república venía a significar nacionalismo y modernización.

Desde un punto de partida similar en la década de 1830, las tensiones fueron mucho más acusadas en el caso español. El peso de la España agraria, con la insuficiente articulación del mercado interior, la escasa productividad y el control oligárquico de la propiedad de la tierra, condiciona tanto el desarrollo industrial y urbano como la modernización del régimen político.

Apenas vencido el carlismo, las aspiraciones y la capacidad de movilización de la España urbana hicieron posible repetidas insurrecciones donde el modelo francés de revolución desde la capital cedía paso a una proliferación de focos, favorecida por la difusión de ideas y noticias, así como por el obstáculo que la arcaica red de comunicaciones oponía al traslado de tropas: fue la insurrección juntista, cuyo modelo se repite de 1808 a 1873. La disponibilidad para la

injerencia de un ejército con plétora de jefes y oficiales contribuye a la inestabilidad: el "pronunciamiento", como la "junta", es una aportación española al vocabulario político del siglo XIX. No obstante, la agitación superficial no excluye la estabilidad del sistema de poder económico y político que la nueva derecha española, los moderados, impone a partir de la década de 1840. Lo que llamaríamos izquierda no sólo comprende a los liberales progresistas, propicios a un compromiso que sólo cuaja en los años ochenta, sino también a un republicanismo federal que desde 1840 aglutina a un sector de propietarios y a las clases populares, comprendido el incipiente movimiento obrero que emerge también en 1840 desde el sector textil catalán.

Comienza entonces a dibujarse la divisoria entre izquierdas y derechas que se mantiene hasta la guerra civil de 1936-1939: de un lado, un bloque de poder conservador, de propietarios de la tierra que acaban recuperando el apoyo de la Iglesia y del ejército a la sombra de la monarquía, y a quienes van sumándose otras capas que desde el capitalismo industrial y financiero integran una burguesía conservadora; de otro, profesionales, sectores populares y de la burguesía urbana que aspiran a una España progresiva, desde una perspectiva democrática, anticlerical y reformadora en el plano social. Las "dos Españas" van así dibujándose. La segunda parece imponerse transitoriamente en el sexenio democrático, a partir de 1868, y con los once meses de república federal como momento culminante. A partir de 1875, bajo la guía del político conservador Cánovas de Castillo, la primera restaura su dominación mediante una hábil maniobra de rotación de élites liberales-conservadoras en el poder. Claro que a diferencia del regeneracionismo portugués, la orientación es en España básicamente defensiva, cerrándose así a la incidencia de los procesos de cambio que tienen lugar desde el último cuarto del siglo XIX.

Los respectivos periodos de crisis hacen nacer a ambos lados de la frontera el proyecto de la Unión Ibérica. En Portugal, como respuesta a la pérdida de Brasil y sobre todo como alternativa a la dependencia de Inglaterra; en España como integrante natural de una concepción federalista que se extiende para la izquierda democrática a toda Europa. La primera bandera republicana es conjunta y se exhibe en las manifestaciones de París tras la revolución del 48. Esa aproximación de los demócratas lusos e hispanos se traslada en el siglo XX al

anarcosindicalismo: en 1927, la primera organización anarquista española, la Federación Anarquista Ibérica (FAI) comprende también a los libertarios portugueses. No obstante, esa orientación iberista nunca alcanza calado político suficiente.

El contraste con Portugal aparece de forma muy clara en la cuestión colonial. En tanto que la diplomacia y la acción militar portuguesas logran construir el imperio africano, con la consiguiente obtención de beneficios económicos para la metrópoli, el arcaísmo del modo de dominación español en Filipinas, y sobre todo en las Antillas, con el mantenimiento de la esclavitud inclusive, desemboca en la pérdida de las últimas colonias en el Caribe y en el Pacífico tras la guerra de independencia de Cuba que termina en desastre ante los Estados Unidos. Las colonias eran para el régimen conservador un instrumento destinado a apuntalar la supervivencia del sistema de dominación en la propia península, a diferencia de la vocación expansiva del colonialismo portugués. Ello se refleja incluso en el distinto carácter de las manifestaciones patrióticas de la década de 1890, populista y con una música próxima a *La Marsellesa* en Portugal, de un patriotismo reaccionario a los acordes de *La marcha de Cádiz* en España. Mientras Portugal vive una exaltación nacionalista, emergen los nacionalismos periféricos catalán y vasco, y España es descrita por el premier británico lord Salisbury como "un país moribundo".

A pesar del atraso, el panorama político y social de España es más complejo. El control del sistema político por la derecha conservadora, expresión del peso dominante de la oligarquía agraria, desequilibra la balanza en el primer tercio del siglo XX, con una izquierda republicana, apoyada por clases medias y populares urbanas, dispersa y frustrada ante la imposibilidad de acceder al poder por las urnas. La fragmentación alcanza al movimiento obrero, dividido entre anarcosindicalistas y socialistas, con la manipulación electoral como base del antiestatismo de los primeros. Esa debilidad para construir una alternativa política se ve compensada desde 1898 por la intensa actuación de intelectuales que ven en la derrota de la oligarquía conservadora la clave para la renovación de España, bien siguiendo la vía de un voluntarismo regeneracionista (Joaquín Costa), bien por medio de una modernización en que las elites asuman la tarea de europeizar el país (Ortega y Gasset). La fractura con la España conservado-

ra y clerical es juzgada como un hecho irreversible. Se afirma la idea de la existencia de "dos Españas", con distintos contenidos: la "oficial", la del Estado, la Iglesia y la tradición, y la "real", de los profesionales, trabajadores y otras fuerzas de renovación, en la fórmula de Ortega, pero claramente identificables con la derecha y la izquierda que se enfrentarán en los años treinta.

3. DE LA REPÚBLICA A LA DICTADURA

De forma paralela, pero con tiempos diferentes, los regímenes conservadores de Portugal y España van resquebrajándose, tanto por la presión popular y los conflictos sociales como por la crisis en las estructuras políticas de notables que ejercían el gobierno. En ambos casos, los respectivos monarcas intentaron salvar la crisis mediante el recurso a las dictaduras (la de João Franco en 1907-1908, la del general Primo de Rivera en 1923-1930), que sólo sirvieron para acelerar los cambios de régimen. En el caso español, la salida autoritaria bajo cobertura del rey Alfonso XIII fue un fracaso absoluto, si bien comprometió a amplios sectores del ejército, recién salido de la traumática guerra colonial de Marruecos, con la idea de un golpe militar para salvar los valores de la derecha; fue un ensayo general para la conspiración y el levantamiento de 1936. A menor escala, la movilización militar de Portugal en la primera guerra mundial proporcionó cuadros para el intervencionismo militar contra la primera República en los años veinte.

Entre 1910 y 1926, la capital asumía en Portugal el protagonismo político, en un régimen de sufragio universal que serviría para poner de relieve la diversidad de intereses y la debilidad ideológica de una burguesía republicana que ya en 1917 ha de sufrir la dictadura de Sidoneo Paes y, tras su asesinato, un golpe de estado monárquico. El atraso imponía su ley, y así, después del incremento de la conflictividad social en la crisis de la posguerra y un creciente prestigio de la solución dictatorial, el golpe de estado militar de 1926. Llega la hora del regreso al poder de los grupos tradicionales de "un país eminentemente agrícola", con el respaldo de la Iglesia y de la conservadora Universidad de Coimbra. Uno de sus profesores, Oliveiro Salazar, una vez saneada la hacienda, asume el poder en 1932 y crea "*o Estado novo*", autoritario, corporativo, cle-

rical y antidemocrático, destinado a mantenerse hasta 1975, incluso después de que en 1968 acabó la gestión de Salazar. El Portugal agrario presidía la escena política, con el apoyo del ejército, la Iglesia y la temida policía secreta (PIDE).

Más breve, el experimento de la segunda República española entre 1931 y 1936 tuvo mayor profundidad, instaurando un régimen democrático y reformador en el plano social. La derecha política quedó desarticulada después de la caída de la monarquía y su reconstrucción tuvo lugar en torno del bastión antidemocrático y contrarrevolucionario de la Iglesia, mientras paralelamente el ejército se ponía a disposición de un eventual pronunciamiento reaccionario. La España urbana había traído la República, el 14 de abril de 1931, con la victoria de las candidaturas republicanas en las elecciones municipales, pero a pesar de la extraordinaria lucidez del líder de izquierda republicana, Manuel Azaña, los partidos republicanos estaban divididos y reflejaban la condición minoritaria de las elites profesionales y de las clases medias en las que se basaba el republicanismo. El único partido de sólida implantación era el socialista, débil sin embargo en cuanto a la definición socialdemócrata, amenazado por la fuerte presencia anarcosindicalista de la CNT y por el minoritario Partido Comunista, e inseguro a partir de 1933 por un ascenso al poder de Hitler en Alemania, que parecía sellar el fracaso de la socialdemocracia. En 1933, la fragilidad republicana y la extensión del sufragio universal a las mujeres dieron la victoria electoral al centro-derecha, del que formaba parte el partido del catolicismo político Acción Popular, de orientación antidemocrática y corporativa, no lejana del salazarismo. Y como en Portugal, ese predominio de la derecha católica reducirá a los grupos estrictamente fascistas, como Falange Española, a la marginalidad, lógica consecuencia del predominio agrario en la composición de la de-recha española.

A partir de 1933, en gran parte por efecto de la política europea, tiene lugar un movimiento de radicalización en tijera, por el cual la socialdemocracia toma la vía insurreccional, culminada por el intento revolucionario de octubre de 1934, como respuesta a la amenaza de que la derecha católica reprodujera la supresión de la democracia llevada a cabo por Dollfuss en Austria. Además estaba el espejismo de que una revolución social podría lograr que España siguiera el camino de la URSS. A su vez, el ensayo de octubre del 34, con su fraca-

so seguido de una durísima represión, reforzó la definición antidemocrática de la derecha, de modo que al triunfar en febrero de 1936 la coalición de republicanos de izquierda, socialistas y comunistas dentro de un Frente Popular, la derecha prefirió intentar la destrucción de la democracia, con el protagonismo del ejército y el apoyo de la Iglesia. Las oscilaciones del péndulo alcanzaron un máximo de violencia. En el sector republicano, la democracia fue defendida por las organizaciones obreras, sobresaliendo el Partido Comunista, en un momento culminante del estalinismo, en tanto que las zonas de predominio anarquista presenciaban un ensayo de revolución social de signo colectivista. Todo ello quedó enterrado por la victoria de Franco en marzo de 1939. El alzamiento militar de julio de 1936 y la victoria en la guerra civil dieron como resultado, así, la restauración de los poderes tradicionales y el aplastamiento de organizaciones obreras, partidos democráticos e intelectuales. Las tensiones sociales y políticas se resolvían para un largo tiempo en el monopolio de poder favorable a una derecha arcaizante. Dictadura civil corporativa en Portugal, protagonizado por profesores de la conservadora Universidad de Coimbra, cesarismo apoyado en el ejército africanista y en la Iglesia en el caso del franquismo: dos proyectos políticos destinados vocacionalmente a detener el curso de la historia.

4. CONVERGENCIAS EN EL CENTRO

Solamente año y medio separa el fin de ambas dictaduras, abordando Portugal y España procesos de transición cuyo punto de llegada será la estabilización democrática en la década de 1980, confirmado por la integración de ambos países en la Unión Europea. Los puntos de partida y de llegada coinciden. Sin embargo, ambos procesos registran grandes diferencias.

Las respectivas bases económicas y sociales para el asentamiento de la democracia tienen asimismo elementos cercanos entre sí. Por unas de esas paradojas de la historia, tanto el salazarismo como el franquismo, éste de forma mucho más acusada, tenían por referencia y soporte concreto a sociedades tradicionales, de vocación autárquica y carácter agrario, refractarias, por lo tanto, a la modernización. A pesar de ello, de modo especial en España, la aproxima-

ción a Europa, por las vías de las relaciones económicas y de la emigración, propició un proceso de intenso cambio económico cuya consecuencia fue el ascenso del bienestar, con la consolidación de unas capas medias y de una burguesía abierta a los mercados exteriores, otra vez con particular intensidad en España, pilares sobre los que más tarde han de asentarse la consolidación de la democracia y la convergencia en opciones políticas de centro, alejadas tanto del autoritarismo de derecha como de la expectativa de una revolución social. Este importante factor estabilizador estuvo temporalmente oculto ante la importancia alcanzada en ese periodo ascendente por los respectivos partidos comunistas y las organizaciones sindicales clandestinas por ellos dominadas. Pero eso no significó el ascenso del comunismo al poder: en Portugal, al ser derrotado políticamente, en España porque el propio PCE y Comisiones Obreras eligieron el camino "eurocomunista" de convertirse en defensores a ultranza de la incipiente democracia. Además, en las elecciones la inferioridad de ambos respecto del socialismo se sintió en una relación de uno a tres.

La persistencia del atraso económico y la particularidad que representaba una guerra colonial en varios frentes desde 1961 hicieron de la transición portuguesa un proceso excepcional en el marco europeo. La expansión iniciada en el siglo XV interviene por última vez como protagonista de la historia de Portugal. Mientras en España el ejército mantenía la imagen de "columna vertebral del régimen", lo que le lleva a protagonizar el golpe frustrado del 23 de febrero de 1981, en Portugal la toma de conciencia progresista de los jóvenes oficiales pone en marcha "la revolución de los claveles". Aquí es la izquierda la que toma el poder el 25 de abril de 1974, a pesar de los intentos de contención a cargo de generales conservadores que, como la cabeza formal de la insurrección, el general Spínola, intentan incluso salvar los restos de la relación colonial. El signo progresista de la revolución había quedado claro desde el momento en que eligen como señal para desencadenarla la difusión por radio de la canción prohibida de José Alfonso Grandola, *Vila morena*, cuya letra exaltaba la fraternidad y el espíritu de igualdad de una ciudad obre-ra del Alentejo, región que será bastión rojo de la revolución.

En España, la transición democrática se logró mediante la asunción de los valores centristas por un sector de la clase política del franquismo que asume

la significativa etiqueta de Unión de Centro Democrático, la cual con el respaldo decisivo del rey y de los dos partidos de base obrera, PCE en primer término, logra el consenso que da vida a la Constitución de 1978. Los obstáculos residían en vencer la resistencia de una derecha franquista acéfala, huérfana de apoyo social, y sobre todo de un ejército que sólo logró ser controlado gracias al papel cenital que ahora desempeñara el rey Juan Carlos en lugar de Franco. La transición fue así un ajuste entre sociedad civil y Estado, los españoles y la forma de gobierno. Las diferencias permanecen entre izquierda y derecha, pero sobre todo en el terreno de las culturas políticas y de la posición en la jerarquía social, sin que afecte decisivamente a las políticas económicas.

En Portugal, la "revolución de los claveles" pareció dar vida a un régimen inédito en Europa: una democracia orientada al socialismo bajo la tutela del ejército, o mejor, de sus cuadros progresistas organizados en el Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA). La Constitución de 1976 sancionó esta alianza asimétrica, cuyos principales componentes seguían objetivos dispares; los jóvenes oficiales motor del MFA perseguían utopías tercermundistas; otros, como Vasco Goncalves y el PCP, una transición al socialismo que fuera reduciendo los espacios democráticos –"*o PCP da mais forca á liberdade*" era el eslogan en dirección de una democracia popular coronada por el ejército–, mientras el Partido Socialista, forzosamente en posición subalterna por la hegemonía del MFA, defendía la democracia formal desde su fuerte apoyo electoral. La derecha quedó formalmente barrida, e incluso el partido de centro conservador de Sa Carneiro hubo de disfrazarse de socialdemocracia. Los grandes bancos y los latifundios fueron nacionalizados, en un ambiente de fiesta popular y movilizaciones, salpicado de "cuartelazos" de uno u otro signo, prácticamente incruentos, donde el resultado se jugaba por la importancia de los apoyos obtenidos por el promotor. La crisis económica despuntó pronto y el fracaso de cuartelazos y conspiraciones de izquierda abrió camino para la estabilización presidida por el general Ramalho Eanes. El espíritu del 25 de abril pasó finalmente al Partido Socialista de Mario Soares, cuyos sucesores ocupan hoy el poder en una sociedad y un régimen político asimilables a los demás de Europa occidental. El espectro de la intervención militar ha sido disipado totalmente y el centro político, con tintes progresistas, domina el escenario político portugués.